

## La Brigada de la Realidad

Juan Carlos Fernández

www.juancarlosfernandez.es



Entre las pocas cosas buenas que uno puede encontrar en una convalecencia con reposo forzado, está el disponer de tiempo para leer. Durante estos días estoy cumpliendo una de mis aspiraciones siempre perseguidas y manifestadas: sentarme en un rincón a devorar libros. Cosa efímera, desde luego, porque hasta que un servidor no se jubile, Dios mediante, ese objetivo es inalcanzable.

En fin, que entre los varios volúmenes que llevo ya disfrutados se encuentra una recopilación de relatos de mi admirado Antonio Muñoz Molina, «Nada del otro mundo», de entre los cuales destaco uno que dió en titular «Apuntes para un informe sobre la Brigada de la Realidad». En este texto nos presenta el autor a una especie de justicieros desbaratadores de tonterías que actúan bajo el lema «del dicho al hecho». Y vive Dios que haría falta que lo imaginado por Muñoz Molina llegase algún día a existir, cosa que ameritaría unas dotes de visionario que, sumadas a las literarias, convertirían al escritor de Úbeda en un genio.

Veamos algunos ejemplos de cómo actúan estos brigadistas. Empieza a contarnos que un crítico de cine con algunas ínfulas de enfant terrible critica acerbamente al sistema actual que, según dice, «es la misma mierda que el franquismo». De inmediato, los de la Brigada lo depositan en el Madrid de los años sesenta o setenta, perseguido por los consabidos «grises» y detenido y no demasiado bien tratado.

Otro caso: ahora un prócer nacionalista se queja de que los presos terroristas están en «cárceles de exterminio». Ipso facto, y para que el estúpido sepa qué cosa son esas cárceles, es transportado a una celda de la Gestapo o de la NKVD.

Uno más. Un premio Nobel sibarita, admirador de Fidel Castro y tenaz crítico de las democracias occidentales a las que tacha de corruptas, degusta una langosta thermidor en un restaurante de lujo de Madrid. La magia justiciera la hace desaparecer para ofrecerle un menú más de acuerdo con sus creencias: el de cualquier obrero cubano sin acceso a las diplotiendas. Es decir, «frijoles duros, con briznas de cerdo y un pegote de arroz con sabor a petróleo». Espantado, sale del restaurante para que lo lleve lejos su limusina pero, en vez de cochazo y chófer se encuentra con una bicicleta vieja.

De modo que Muñoz Molina, con su inteligencia desbordante y con su pluma cautivadora, nos presenta a una especie de representantes de Némesis, la diosa de la justicia retributiva, en la tierra, para poner en su sitio a majaderos inconsecuentes. Menos mal que la Brigada es benévola y, no sin que queden grabadas sus iniciales «BR» en algún sitio visible, restituye a los incautos a su estado anterior.

Un buen baño de realidad debería tener efectos terapéuticos, aunque ya sabemos, como decía Einstein, que «antes se destruye un átomo que un prejuicio». Y tengo para mí que buena falta haría un organismo similar que teletransportara a todos estos que creen que la Transición fue una vergonzante claudicación a los años setenta, para que conocieran la España de entonces en todos sus órdenes. Para que así pudieran compararla con la de ahora. Para que no dieran tanto la tabarra. Y si quieren, que viajen también a la II República que tanto añoran algunos. A ver si son capaces de decirme una sola característica democrática de la que carezca nuestra actual Monarquía Parlamentaria. Es más, sostengo que el régimen actual gana por goleada al de la bandera tricolor.

En fin, muchas gracias a Muñoz Molina por escribir tan bien (confieso que me costó mucho empezar a leerlo, pero cuando lo consigues es un placer) y por darme hecho el artículo de hoy.